fe, de vocación, que el tiempo hacía más seguras y más sólidas. Pero Filomena, algo avergonzada de sí misma, la rechazaba. Acabó por rogarle que la dejara en paz, y se alejó de ella. Celina entonces, enviándole una carta todas las noches después de la cena, le pedía que la besara cuando pasaran la una cerca de la otra para ir al dormitorio; y para acompañar aquel beso, en el cual hubiese querido llevar á Dios el alma de Filomena, casi siempre al besarla, Celina le deslizaba un papelillo doblado, orlado con la regla, y en el cual había escrito con su letra más bonita: *Dones de piedad que nos hace dulce y amable el servicio de Dios:* ó estotro; *Fruto de caridad que nos une á Dios por el amor.* Cuando Filomena se manifestaba más fría en aquel beso de la noche, y no parecía más tierna que de costumbre, Celina, en vez de sus papelitos, le deslizaba largas cartitas garrapateadas con lápiz á ocultas de las Hermanas: «Dios ha puesto en mi corazon un afecto según El.... Procuraré ser, cerca de tí, lo creo que quiere Dios; porque El nos manda, no sólo amarle, sino hacerle amar.... Confío que si ruegas bien á María, te aceptará en el número de sus hijas; y entonces! intentaremos, con nuestro buen ejemplo, encender en los corazones de nuestras compañeras el deseo de ser de nuestra familia. Sé más piadosa, y me constituiré en el deber de pedir por tí al Dios de los fuertes....» Tales eran las frases y el tono de aquellas cartas que Celina firmaba siempre: *La que se dice tu compañera en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.* Aquello duró hasta que Filomena, cansada, arrojó con un movimiento de impaciencia y casi de cólera, el papel escrito con lápiz que le alargaba Celina.

Filomena había encontrado una distracción, un alivio, pensamientos nuevos á que se había abandonado. Ideas de matrimonio nacían en ella, no presentes como una tentación, precisas como un proyecto, sino confusas, vagas, veladas por la dulzura que tienen para la mirada las cosas lejanas. No soñaba en nadie con quien hubiera querido casarse; no sabía lo que era el matrimonio; se sentía arrastrada solamente por un instinto sin turbación, por un deseo sin impaciencia, hacia el pensamiento de lo que aquello podía ser. Alzábase en su fantasía la blanca y pura imágen que queda de una boda á los ojos de las chiquillas: el vestido blanco y la corona de azahar. Después, algunas veces, soñaba más allá de las mayores dulzuras, una comunidad de alma, una existencia de dos, un sacrificio, misteriosas felicidades que no conocía, que no

hubiera sabido llamar por su nombre, pero que debían levantarse en el horizonte de aquella vida....

Conservaba siempre una inocencia de niña, palabras de ángel; ninguna ciencia, ninguna presciencia había aún florecido. Se le escapaban candideces que no eran de su edad, que apenas eran de su sexo. No hacía mucho tiempo que hallándose en un grupo de compañeras, de las que la mayor era menor que ella, se puso una á decir:

—¿Has visto á Berta cómo se ruborizó el domingo cuando vió á su primo en el locutorio? Seguramente hay algo con él ...

—¡Qué bestia eres! dijo otra: eso no hace ponerse encarnada; se palidece....

—¡Calla! dijo Filomena; yo creía que no se palidecía sino cuando uno se hacía daño....

Dos grandes vacíos se produjeron de repente en la existencia de Filomena: la hermana Margarita obtuvo permiso para ir á pasar algunos meses en el Mediodía, á fin de restablecer su salud, y Celina dejó el colegio para entrar como novicia en la casa matriz de las Hermanas de San Agustín.

Entonces el convento ahogó á Filomena. Aquella vida se le hizo insoportable como una soledad. Tuvo deseos locos, furiosos, fijos, de marchar, de irse con su tía. El tiempo, las paredes, hasta el cielo que se veía por encima del patio, todo le pesaba. El fastidio le roía el cuerpo como le roía el alma; perdía la salud. La inquietud penetró en las Hermanas; permitieron á su tía que la viera más á menudo. La comida ordinaria del convento, de que parecía disgustada Filomena, y á la que apenas tocaba, se sustituyó por un alimento más delicado. Filomena no por esto dejó de palidecer y adelgazar; sus ojos estaban cada vez más febriles y su carita más chupada.

Por fin, al cabo de seis meses, en una de las visitas de su tía, echándose al cuello de la vieja y cubriéndola de besos y de lágrimas le suplicó que la sacara, diciéndole que se moría de fastidio, que no podía permanecer más tiempo, que le parecía que iba á caer enferma. La tía tuvo necesidad de todo su valor para contestarle que era imposible, que era demasiado joven, que le prometía sacarla cuando cumpliera veinte años; que sin duda para entonces Enrique ya se habría casado y sería la doncella de su mujer. Una postrera lágrima rodó por la mejilla de Filomena, pero sin una sola palabra.

Al finalizar la semana, recibió la tía una carta de Filomena en que decía que se arrepentía de la escena que había pasado, y que había esperado muchos días para saber si sus

buenas disposiciones eran duraderas. Concluía diciéndole: «....Espero que, con la gracia de Dios y los consejos de nuestra buena Madre Superiora, ya no sucederá mas. No saldré de la casa sino con la voluntad de Dios y la tuya. Quizás no saldré sino para entrar ... no acabó; el tiempo acabará por mí.» No atribuyendo la tía sentido alguno á aquella última frase, se quedó tranquilizada con aquella carta. Pero la solicitud de las Hermanas se hallaba despierta desde la muerte, aún no olvidada, de dos ó tres jóvenes que se habían extinguido en una laxitud parecida á la de Filomena. Observaron que Filomena no comía absolutamente nada en el refectorio: hasta la sorprendieron escondiendo en las mangas de su traje el pan que le daban. El médico de la la casa, llamado al punto declaró, después de haber visto á Filomena, que había en ella un principio de desorganización del estómago. Las Hermanas, muy asustadas, enviaron á buscar á la tía: á la primera palabra de lo que el médico había dicho, se llevó á Filomena en un coche.

El señorito Enrique viajaba entonces por Italia. La tía tuvo, pues, tiempo bastante para cuidar á su sobrina, pasearla y distraer su convalecencia; y mostrando á la pobre niña un porvenir en que estarían siempre juntas;

hablándole de la necesidad que tendría de ella en su ancianidad, llevó lenta y suavemente á la vida y al deseo de vivir, aquella alma ya fatigada.

Una mañana, la campanilla sonó fuertemente. Era el señorito Enrique.

—Buenos dias, vieja mía, ¿cómo estás? dijo el joven. ¡Ah! Tu sobrina.... ¿Se permite uno estar tan pálido? Tu tia me ha dicho que eras beata.... como todos los diablos.... Y se echó á reir, besándola ambas mejillas. Filomena temblaba á más no poder.

—Dame cerillas ... Es preciso cuidarte, añadió Enrique echando humo del cigarro, y no cansarte. Prepárame mis cosas, vieja mía, que voy á ver de nuevo el boulevard.... ¿Hay una carta de la calle de los Mártires? Te he traido algo, Filomena....; un rosario auténtico.... de Roma.... Está en mi maleta, no sé dónde.... ¡Ah! Mientras estés aquí, te voy á encargar de una misión de confianza en la casa: cuidarás de que no falten botones á mis camisas.

En seguida Enrique salió y no volvió hasta el otro dia.

El servicio del señorito fué desde ese dia, la gran ocupación del tiempo y de los pensamientos de Filomena. Ingeniábase para rodear al joven de mil pequeñas atenciones, pa

ra sorprenderle con toda especie de previsiones menudas. Trabajaba para adivinar las costumbras que le agradaban, las cosas á que se manifestaba sensible. Jamás faltaba un punto á los guantes del señorito Enrique; sus pipas estaban siempre limpias; las menores nonadas de su *toilette* estaban cuidadas, como si el ojo y el aguja de una madre previsora hubiera pasado por allí. Todas las baratijas de su cuarto, cuyo desorden respetaba la vieja al envejecer, se encontraban maravillosamente colocadas, en orden y á la mano. Enrique parecía encantado con estar tan bien servido; pero no manifestaba su agradecimiento á Filomena de otro modo, que por unos «buenos dias» distraidos por la mañana, ó alguna broma de muchacho alegre. En el almuerzo, mientras Filomena le servía, se hallaba tan absorto con la lectura de su periódico apoyado en el vaso, que apenas si le decía: «Gracias.» Acabado el almuerzo, después de haber fumado tres pipas, cogía su sombrero y no se le volvía á ver más en todo el dia.

Esta vida de soltero que no daba ningún trabajo á la tía ni á la sobrina, las dejaba en libertad todas las tardes. Cuando llegó el invierno, no sabiendo qué hacer para permanecer despierta, tomó la tía la costumbre de bajar á la portería, donde los criados de la casa

se pagaban el thé por turno. Allí estaba el portero, un hombrecillo que llevaba lentes, con los que pretenciosamente jugaba, engordado con la viudez, muy bien enterado de los valores industriales, y sabiendo hacer sudar su dinerillo con toda clase de colocaciones y préstamos reservados. Luego, un muchacho con la cara de pan negro, labios rojos, del feo rojo de una llaga, el *groom* del agente de cambio del primero, que, animado por su amo que gustaba de aquel tipo, procuraba con su ronca voz adquirir el tono canalla de los criados de los *vaudevilles* del Palais-Royal. Después la cocinera de la señora del segundo, de aquella señora extranjera en cuya casa se jugaba ostensiblemente, y que decían era policiaca de la diplomacia rusa; una gorda cocinera flamenca, siempre algo alumbrada de aguardiente, llena de grasa, muriéndose de risa, resplandeciente de una alegría crapulosa. Muchas veces la flamenca llevaba á su marido, el más innoble tipo del cochero de cupé luxemburgués, un hombre cuya nariz y cuya frente chorreaban alcohol á toda hora, y cuya barba, devorada por una especie de lepra, se escondía mal en una bufanda grasienta. Dos ó tres doncellas de loretas, de cofia levantada, de cabeza de lagarto, de palabra cínica y desvergonzada completaban aquella

sociedad de la portería, adonde se veía además la criada de un paralítico, sobre cuya roja nariz se tambaleaba una negra verruga.

Aquella, aquella habitación llena, era una sociedad repugnante. Aquellos hombres, aquellas mujeres, olían como huele el vino del día antes: las corrupciones, las envidias, las perezas, todas las vergüenzas de la servidumbre. Lo que tenían de apetitos y de instintos parecía templado en el humo de la cuadra, en las aguas grasas del fregadero, ó en las aguas sucias de los cuartos. Los vicios que habían recogido á la mesa de los amos á quienes servían, se habían corrompido en ellos, como se pudren en la cocina los restos de una orgía. Sólo salían de su boca impuras profesiones de fe, delaciones abyectas, venganzas de anónimos, recetas impúdicas de mezquindades, de desperdicios y de rebusco, de desvergonzadas teorías de robo; los libros de la cocina con las risas de la cocinera y sus cuatro bolsas: la bolsa *de media de seda*, ó de los provechos sobre la grasa, la bolsa *de cuarto por libra*, la bolsa *de la rasqueta* ó de los provechos del mercado, y la bolsa *de la asa de la cesta*. Allí se oían las risas de ogro de la flamenca, las groserías imprudentes del *groom*, la jerga de las criadas de mujeres entretenidas, las horribles palabras de enfermera de la criada del

paralítico. Aquellas eran voces, palabras, alegrías que daban frío: hubiérase creído oir las inmundas cuchufletas de presidiarios.

Un gran fondo de tontería, en el cual París no había mordido, salvó á la tía del horror y del disgusto de tal sociedad. Su probidad nativa, su desprecio del dinero, hacían que nada de lo que oía penetrase en ella, y que viviese en aquella inmoralidad, no solo sin tentación, sino casi sin conciencia. En cuanto á Filomena, enteramente admirada y espantada al principio, turbada por repugnancias y rebeliones intuitivas, su ignorancia le velaba casi lo más feo de aquella sociedad. Había muchas cosas que no comprendía, palabras de doble sentido que se le escapaban, palabras terminadas por un gesto obsceno, cuyo propósito nada le decía; confesiones atrevidas á las que no atribuía mayor importancia que á historias de ladrones. Por otra parte, durante algún tiempo se tuvo respeto á su candor, á su honestidad, á las inocencias de su juventud. Delante de ella, el cinismo de las conversaciones experimentó algo como pudor. Todo el mundo, además, mimaba, con bastantes amabilidades, á la sobrina del ama de gobierno del señorito Enrique. El *groom*, oyendo siempre hablar á su amo del sentido práctico de la vida, había juzgado la situación desde el primer

día. Al ver á la pequeña, había pensado que la tía era una antigua criada de confianza que administraba una casa de soltero; casarse con la sobrina; entrar por su mujer, y con una gran filosofía respecto de su honor como marido, en el interior del señorito Enrique; establecerse allí; reemplazar un día á la tía, que era mortal, y muy suavemente, con el tiempo convertirse en el verdadero dueño de aquella casa donde no había nada que hacer, y donde lo burgués era moneda corriente, tal fué su plan inmediato: y se puso á hacer la corte á Filomena llevándole ramos de violetas pasadas, y lanzándole cumplimientos que parecían, por la manera brutal de decirlos, puñetazos en el estómago. A las primeras atenciones del *groom*, un invencible disgusto se apoderó de Filomena, y abrió sus ojos; súbita percepción le dió á conocer aquel hombre y aquella sociedad; se retiró cuando quisieron besarla. Sin embargo, como era muy tímida para pronunciarse abiertamente, las gentes de la portería atribuyeron á caprichos de chiquilla que sale del convento, su marcada frialdad por el *groom*.

Su tía no había observado nada de lo que en ella había pasado, y continuó arrastrándola á aquellas veladas. Una noche que el *groom* había tenido un palco en el teatro de la Gai-

té, por la amiga de su amo que allí trabajaba, invitó á la tía y la sobrina. Fué preciso á Filomena permanecer allí cuatro horas, rodilla contra rodilla al lado del *groom* que se arriesgaba por la obscuridad del fondo del palco, mientras que la flamenca, á cada momento, ebria de la alegría que el teatro produce en la mujer del pueblo, la interpelaba en voz alta: «¿Te diviertes mucho?.....» Hubo un momento en que Filomena temió ponerse mala.

Seguíase sirviendo todos los días el almuerzo al señorito Enrique, que comia siempre leyendo un periódico. Filomena esperaba una palabra, una pregunta; se hubiera contentado con la caricia maquinal que hacía al gato viejo de su tía, sin mirarlo. Hubiera querido sacrificarse por aquel joven, del cual había guardado el pensamiento en su imaginación juvenil; la mágia y el encanto dominador de un sueño de la infancia. Si hubiese estado enfermo, habría pasado las noches velándolo; si de repente hubiera perdido la riqueza, le habría servido de balde. Pensaba en toda clase de desgracias, de catástrofes, que le permitieran devolver á aquella familia lo que le había dado y hacer estallar su corazón. El pedirle un plato ó un cuchillo de plata para pelar una pera, la sacaba dolorosa y bruscamente de aquellos pensamientos, en los que se de-

tenía como en hermosos sueños, casi evocando aquellas desgracias, aquellas catástrofes. Algunos días habría deseado que Enrique le riñese, que le dirigiera una censura sobre su servicio, que le demostrase algún disgusto; á lo menos, hubiese estado allí para algo.

Con la grosería de las gentes que le rodeaban y la indiferencia de su amo, la joven experimentaba toda clase de sordos sufrimientos. Su malestar era contínuo, y todo lo que respiraba á su alrededor no le causaba más que sofocación ó disgusto. Y era que en ella sólo el ingenio había permanecido en el convento, ingenio de pueblo, acorde con su clase, en armonía con su porvenir, mientras que el resto de sus facultades se había elevado á una sensibilidad superior. La educación religiosa, con todas sus delicadezas, había refinado todos los gustos de su alma, y por la espiritualidad de su esencia había arrastrado á la niña tan lejos de los instintos y de los hábitos morales de sus iguales, que Filomena sentía en aquella sociedad, que era la suya, un magullamiento, un tormento, una vaga sensación de caída, de destierro. La vida, que allí tocaba enteramente viva y cruda, la hería en todos sus sentidos, sin que se acostumbrara á aquellas heridas. La materialidad de las pasiones, de los sentimientos, de los afectos; la brutalidad de impresiones, de actos, de palabras, nativa en el pueblo obrero ó doméstico, la alejaba de los hombres que le inspiraban á la vez desprecio y miedo. Las mujeres no la atraían tampoco, y la aproximación del sexo no le parecía existir entre ella y aquellas criaturas que por todo lo exterior afectaban una naturaleza diferente de la suya, y le parecían ser mujeres de otro modo que lo era ella misma. Con frecuencia en aquella baja sociedad, determinados apetitos y necesidades se sublevaban impacientemente en ella. Sentíase atraída, como llamada á ciertas elegancias, cierta suavidad de relaciones, ciertas apariencias decorosas, que no había podido definir, y que sin embargo le hacían falta como á una persona que hubiese vivido en la verdadera sociedad, con gentes bien educadas. Porque lo que la mortificaba, lo que la oprimía penosamente, menos era la ignorancia de los criados, menos su infamia, su mala naturaleza, que la forma en que se producían y brotaban al exterior aquella ignorancia, aquella infamia, aquella mala naturaleza.

El cinismo, enteramente nuevo para ella, le hacía daño; un daño casi físico. Y aquella joven que no sabía nada más que leer y escribir, que carecía de ingenio natural, cuya cabeza solo se hallaba llena de libros piadosos y

algunas novelas inocentes; que por la inteligencia era inferior á la mayoría de aquellos hombre y de aquellas mujeres, llegó á compararse en aquella compañía, á un alma en el purgatorio: tanto sufria con aquellos sufrimientos, que eran todos de sentimiento y de instinto.

Agitábanse ternuras en la joven, sin encontrar más salida que la que encontraban sus delicadezas sin acogida ni satisfacción. El convento y la vida religiosa, no solo habían sutilizado su alma, sino que habían además preparado y madurado su corazón á sus tibios alientos; y todo lo que las mortificaciones de la disciplina habían cercenado de ardores á sus nacientes sentidos, se había convertido, en su interior, en fervientes y amorosas aspiraciones. Nacido tierno, aquel corazón se había llenado de dulzuras y de ímpetus á las suaves languideces y á las irritaciones voluptuosas de los libros piadosos, á sus imágenes sin cesar repetidas, de perfumes y de flores, de rocíos de Mayo, de olores celestes, de lirios olorosos, de rosas dulcemente almizcladas. Habíase enternecido con el aire de la capilla y de la iglesia, con los murmullos de aquellas oraciones que tienen la suavidad de místicos besos, á la voz baja y penetrante del confesor, delante de aquel corazón sangriento de Jesús,

que las Hermanas le habían dicho llevara en la idea y sobre su pecho como un ramo de flores. Había llevado á la confesión un corazón amorosamente doloroso; á la comunión, un corazón ardientemente amoroso. Todo le había gritado: ¡Amor, amor! Y al fuego de aquella palabra abrasadora que por todas partes encontraba, cuando se arrodillaba ante el Esposo de su alma, el Rey de su amor, el Bien amado de su corazón, al elevarse hácia el ambiente del divino amor, más delicioso que la miel, había dejado su corazón fundirse en ternuras y pasmarse con aquella fiebre de amor en que Corregio y San Francisco de Sales han visto morir á la Virgen.... Este era el corazón que la joven había llevado al convento; lo sentía con angustia desbordarse.

Filomena había tomado el partido de vivir con sus sufrimientos. Nada dejaba escapar; los tenía en sí como una persona herida que con la mano contuviera su sangre. ¿A quién se hubiera confiado? Su tía no la hubiese comprendido. Por otra parte, habría creído profanar su mal confesándolo á alguno.

Una noche que subía para acostarse, Enrique, que nunca regresaba antes del amanecer, volvió. Estaba algo alegre y tenía la expansión de un hombre que acaba de cenar. Hablaba alto, repitiéndose mucho, como si de

palabra á palabra su voz y su cabeza se entorpecieran.

—Vieja mía—se puso á decir á la tía estirándose en una butaca:—hubieras debido tener sobrinos.... en vez de sobrinas. Decididamente las jóvenes..... las jóvenes no son siempre divertidas en una casa..... Cuando uno es soltero.... Por ejemplo, esta noche... esta noche no hubiera venido solo.... seguramente... ¡pero las historias que me hubieras armado por la pequeña!..... Te habrías disgustado..... Yo deseo que se respete ..... á las jóvenes..... pero. ... esto es fastidioso.... bastante fastidioso..... Te digo esto, ya comprendes..... que no es para que te lleves.... á esa niña. No.... pero.... tú me habías dicho un día que ella amaba á ese horroroso *groom* del primero. Bueno; pues.... que se casen.... porque.... una mujer casada... una mujer que está casada ..... puede oirlo todo, puede verlo todo..... y no que el diablo de la sobrina....

El ruido de la caída de un cuerpo que cae desplomado como un paquete, se oyó chocar contra la puerta. Al oir llamar, Filomena, que aún se hallaba en la escalera de servicio, había reconocido el modo de llamar del señorito; había vuelto á bajar para darle las buenas noches; había entrado en la habitación

con la llave que llevaba en el bolsillo; se había deslizado sin ruido por el corredor; había escuchado, había oido, y había caido al suelo desvanecida.

La tía y Enrique, fresco en un segundo, le echaron agua en la cara, le golpearon las manos. Cuando volvió en sí, un ataque de nervios la retorció sobre la butaca en que Enrique la había sentado delante de la ventana abierta. Salió de aquella crisis con una oleada de lágrimas, pero enteramente sorprendida, no sabiendo por qué estaba allí y de donde procedía el llanto. Fué preciso, para que se acordara, que Enrique le repitiera muchas veces, que había dicho todo aquello sin pensar, que quería conservarla, que no se iría jamás, que haría lo que quisiera, y mil palabras tranquilizadoras, como las que se dicen á los enfermos.

La vida continuó entre aquellas tres personas como si nada hubiera pasado. El olvido parecía completo en Filomena, que ni aun manifestaba encogimiento. Al cabo de tres semanas pasadas así, una mañana, al levantarse de la mesa Enrique, Filomena, dirigiéndole por primera vez la palabra sin que èl le hablase, le dijo, con un tono de voz tranquilo y seguro que no le era habitual:

—Señorito Enrique..... tengo que pedir á

usted perdón..... Agradezco á usted mucho lo bueno que ha sido para mí..... su señora madre tambien.. . no lo olvidaré.

Y como Enrique la mirase enteramente admirado, le presentó la frente.

—¿Quiere usted besarme, señorito Enrique? ....Será mi despedida ...

Y sín darle tiempo á interrumpirla, seguidamente añadió, con el esfuerzo y la furia del que coge su corazón en las manos:

—Sí, me voy .. me iré el lunes .... para entrar en el noviciado en la Casa de las Hermanas de San Agustín; pero yo pediré siempre, y mucho, por vd. señorito... por su dicha.

Filomena hizo dos meses de postulado en la Casa matriz de la Orden de San Agustin, vestida con el traje negro y con la cofia negra de las postulantes. Al cabo de aquellos dos meses de pruebas y de ejercicios, de prácticas religiosas, de trabajos manuales en el interior de la Casa, su vocación, sin disgusto, sin retroceso, cada vez más firme, hizo que se la juzgara digna del noviciado. El *Veni Creator* fué solemnemente cantado para ella por la comunidad, y la joven apareció en los oficios con el velo de muselina blanco en la cabeza, con la larga cinta azul en la cintura, que las novicias llevan en la capilla y que se quitan cuando salen de ella.

Algo después del *Veni Creator* le fué concedida la toma de hábito. En ese día vistió un traje de desposada, el traje blanco que por tanto tiempo había flotado como una nube en sus sueños de muchacha. Un tocado escogido, una afectada coquetería, la inocente y última coquetería del sacrificio, brillaba en todo su atavío. En la capilla, llena de gente, había asistido á la misa mayor: la Superiora estaba á su derecha; la Maestra del noviciado á su izquierda, con un cirio encendido, símbolo de la luz divina que iluminaba su alma.

—¿Qué deseais? le había dicho el celebrante, después de la misa.

—Pido ser admitida en esta santa Casa para servir en ella á Dios, según la regla prescrita por nuestro santo fundador San Agustín.

—¿Lo conocéis bien?

—Sí.

Y Filomena recitó la regla en alta voz.

—¿Prometéis conformaros con ella y observarla?

—Sí; prometo observarla, mediante la gracia de Dios.

Siguióse una larga instrucción del celebrante acerca de los sacrificios que es preciso imponerse para practicar la vida religiosa; acerca de las ventajas de aquella vida; acerca de los peligros de la vida del mundo; acerca de

las decepciones de aquéllos que en él buscan la dicha. Después el celebrante, habiendo preguntado una vez más á Filomena si persistía, le cortó de las entradas un mechón de pelo, y la joven salió de la capilla. Cuando volvió á ella, llevaba el pelo cortado. Los hábitos de la Orden, bendecidos prenda por prenda, envolvían su cuerpo. El velo basto de lana había reemplazado al velo de muselina. El óvalo de su cara estaba aprisionado por el lienzo blanco que le bajaba hasta la frente y la cubría á medias. El amplio y largo traje de lana la encerraba en sus pliegues espesos, sólidos y rígidos.

Diósela su nombre de religiosa. La habían acostado bajo el paño mortuorio, y mientras que el *De Profundis* se cantaba delante de ella, se había elevado en su corazón aquella oración que dicen en los conventos que siempre es vida, una oración llamando las gracias y las misericordias de Dios para todos aquellos que habían alimentado y cuidado su infancia.

Tres meses después, la novicia, que aún tenía siete de noviciado antes de pronunciar sus votos, fué enviada al hospital de***. Iba á reemplazar á una hermana fallecida en una epidemia tifoidea; aquella Hermana, cuya muerte mostraba á Filomena el camino de la caridad, del sacrificio, era su antigua amiga Celina, convertida en sor Laurencia.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON

III

Los internos del hospital se hallaban reunidos en el cuarto de guardia.

La sala tenía una bóveda semicircular cuya humedad había lamido las piedras labradas. Al frente, la puerta pintada de color de ceniza; una ventana daba á un patio de dos pies más alto que el piso. En la pared, á la derecha de la puerta, había una tabla que servía de guardarropa y de armario de ropa blanca. A la izquierda, encima de una fuente de cobre colgada de la pared, en donde se ponía una toalla, un mueble grande de madera pintado de negro, encerraba mezclados en sus compartimientos, legajos de papel, cuadernos de observaciones, periódicos viejos. También había una chimenea de vidriado blanco y una cama de hierro sin cortinas y á medio hacer: la ca-